

Mancilla

Por Diego Peller (de *Otra Parte*)

<http://www.revistamancilla.com.ar/>

Para los que no la conocen, *Mancilla* es una revista que empezó a salir en noviembre de 2011 y que va por su Nº 8. El primero salió en 2011, luego salieron tres números en 2012, después en 2013 salieron dos y en 2014 salió un número doble y ya se está anunciando por Facebook que está en marcha el Nº 9. Es una revista en papel, esa es una de sus características singulares. Hoy como saben hay muchas revistas digitales, como es el caso de *Otra Parte*, que dejó de salir en papel. Y *Mancilla* tiene ese gesto si se quiere anacrónico que a mí me gusta mucho. Soy muy nostálgico y anticuado y, en este sentido, sufrí mucho el hecho de que *Otra Parte* dejara de salir como revista en papel. Por supuesto, hay muchas causas por las que una revista deja de salir en papel, pero creo que fundamentalmente está el tema de la gran complejidad de todo el proceso y está el tema del costo... por eso me parece remarcable el gesto de seguir saliendo en papel, en la medida en que uno pueda hacerlo. Claro, está la cuestión de cómo se obtiene ese dinero, y a qué “costos”, en términos de independencia, autonomía, etc., pero esa ya es otra cuestión.

Paso ahora a otra característica que la distingue en el panorama de revistas actuales. Si tuviera que decir qué es lo que me parece que singulariza a *Mancilla*, retomaría un poco las tres revistas que mencionó Juan: *Confinnes*, *El Ojo Mocho* y *Punto de Vista*. Si uno piensa esas tres revistas en relación a *Otra Parte*, la gran diferencia sería que mientras ellas –cada una con sus características particulares– buscaron conjugar textos de crítica política o de crítica cultural en un sentido amplio, con otras notas más de preocupación por literatura, arte y teoría estética. Uno puede hacer una lectura de las revistas culturales argentinas a partir de esa tensión ¿no? Hay un periplo clásico en la historia de las revistas argentinas que en algún momento yo trabajé porque hice mi tesis sobre algunas revistas de los 70: el recorrido de revistas que empiezan con esa tensión entre arte y política, o literatura y política, y que después, por esas urgencias de la época, relegan el costado más literario o artístico, por considerarlo en algún sentido “inútil” o “irrelevante” como decía Juan. Por ese estatuto que tiene lo estético, de cierto lujo o cierta inactualidad. Ante la presión de ciertas coyunturas políticas, cuando los tiempos urgen, hay revistas que se arrojan más abiertamente hacia la política. Casos claros de esto son *Los Libros* y *Contorno*. Esta última empieza como una revista que combina textos literarios y textos políticos, pero, en los últimos números, se vuelca a lo político en un sentido más

directo. Todo esto dicho con muchas comillas, porque habría que ver qué es lo político en un sentido “más directo” y en qué medida cuando una revista renuncia a lo literario o lo estético logra con eso alguna intervención “más directa” en la escena política. Pero en todo caso, imaginariamente o fantasmáticamente ese es el movimiento que hace *Contorno*. Y la otra revista que lo hace de manera muy dramática es *Los Libros*, que empieza con un gesto de combinar teoría, teoría estética, crítica literaria muy compleja y muy teórica con reflexiones metodológicas muy fuertes. Es impresionante que una revista como *Los Libros* combine debates metodológicos de alto nivel (con extensos artículos de Nicolás Rosa, Josefina Ludmer, Noé Jitrik entre otros) con intervenciones más políticas. Pero después, en los años que van del 69 hasta el 76, va habiendo cambios muy fuertes en la composición de la revista, que termina volviéndose una revista política en sentido directo.

Pero bueno, lo que quería decir es que si uno piensa a *Otra Parte* con respecto a *Confinnes*, *El Ojo Mocho* o *Punto de Vista*, diría que esta se queda más con el costado estético y literario. Si uno quisiera correr a *Otra Parte* por izquierda, lo podría hacer fácilmente tildándola de “esteticista”. Como Juan señalaba, es una revista bella. Si uno quisiera correr políticamente a *Otra Parte*, claramente podría hacerlo por este lado. Es una revista que habla de literatura y arte. Y cuando habla de política lo hace de manera muy sesgada e indirecta. Digo todo esto para caracterizar de alguna manera por oposición a *Mancilla*, que es una revista que se inclina más directamente a lo político. Entre *Mancilla* y *Otra Parte* se puede pensar hoy esta tensión, porque cuando uno lee *Mancilla* lo primero que llama la atención es justamente que es una revista de fuerte posicionamiento político, muy centrada en la política de manera muy abierta, directa, explícita, entendiendo la política en el sentido de la coyuntura, de lo que la revista muchas veces llama “la época”. Un presente que es enunciado en términos del kirchnerismo, de la época que va digamos del 2003 hasta hoy. Ese es el escenario en el que se sitúa *Mancilla*, y busca pensarlo con un vaivén que va desde textos que se sitúan en una distancia medio incómoda con esa época, que son los que a mí personalmente me interesan más, y otros textos que, al menos desde mi perspectiva, quedan muy pegados a ese debate de coyuntura. Y quizás sea por algo que decía Juan. Los textos que se permiten ese lujo de ser ambiguos, de ir y venir, de no cerrar en relación a un debate, de una

coyuntura como la presente donde se están jugando cosas fundamentales como se juegan siempre en la política. La pregunta es ¿por qué o en pos de qué alguien se priva de ese lujo? Y creo que es un tema que recorre la crítica cultural en la Argentina, el por qué los críticos se privan de este lujo, de esta inutilidad. Creo que es porque sienten que la época los reclama, los convoca la urgencia de la época. Lo que está en juego es tan fundamental que no da para andarse con vueltas, juegos, vaivenes, ambigüedades, porque lo que está en juego es muy importante. Y yo estoy de acuerdo con que hay momentos en los que no hay que andarse con vueltas, pero es muy difícil discernir entre compromiso y delirio de grandeza. O sea, ¿realmente ese artículo que ese crítico va a escribir va a tener una influencia directa en la coyuntura y entonces es fundamental ser muy claro y directo y reprimir toda ambigüedad? O en realidad, para bien o para mal, ese artículo, esa revista, no va a tener un impacto tan grande, y por lo tanto el correlato de esta inoperancia es poderse permitir el lujo del vaivén o de la ambigüedad. Son preguntas que me hacía mientras leía la revista. Me parece que es una pregunta que la misma revista se hace, una pregunta que la revista promueve, y como bien señalaba Juan en el caso de la tensión entre Tabarovsky y Cohen en el artículo de *Otra Parte* que mencionó él, en la revista *Mancilla* también hay tensiones, hay distintos tonos, aún dentro de esa homogeneidad que es lo primero que impresiona de *Mancilla* en comparación con otras revistas. *Mancilla* es una típica revista de grupo, con una línea bien definida.

Esa homogeneidad de la revista se da en varios aspectos: uno es generacional, la gente que la hace son todos más o menos de la edad de Juan. También en cuanto a qué otras generaciones aparecen en juego ¿no? Porque básicamente aparece en la revista esa generación que se siente interpelada fuertemente por la época, por el presente, por el proceso abierto por el kirchnerismo y que trata de pensarlo desde adentro. Después hay otra generación, que es inmediatamente anterior, donde aparecen fuertemente los poetas de los noventa, como Alejandro Rubio, Martín Rodríguez, Sergio Raimondi, y Fermín Rodríguez también, que es profesor de esta Facultad de Filosofía y Letras, al que, en un gesto que me parece muy interesante, porque el suyo es un libro que no había tenido gran resonancia en la crítica, *Mancilla* le da un lugar muy importante, lo mencionan en varios artículos, le hacen una entrevista, después lo invitan a colaborar con un texto. En fin, aparece esa generación, como la generación inmediatamente anterior, y después aparece la generación de los maestros, digamos. Horacio González, León Rozitchner, María Moreno, Christian Ferrer. Entonces, es una revista bastante homogénea generacionalmente, es una revista homogénea, como decía antes, desde

el punto de vista ideológico, porque hasta donde yo puedo entender, no sólo es una revista que claramente se posiciona dentro del kirchnerismo, sino que dentro del kirchnerismo representa a un segmento muy específico, bastante delimitado que, para que esté claro desde dónde lo digo, tienen todo mi apoyo desde el punto de vista político, que creo que es un segmento al que lo que más le interesa del kirchnerismo es todo lo que tiene que ver con su heterogeneidad, su apertura, aquello que se entronca con una tradición del peronismo pero que al mismo tiempo combina con otras tradiciones. Supongo que, para ponerle una etiqueta, podríamos llamarlo un kirchnerismo de izquierda, que tiene una presencia fuerte en ámbitos del quehacer intelectual, digamos, y acá aparece otro tema, que es un tema que se repite, y es el tema de la academia. Así como decía que se podría correr a *Otra Parte* por esteticista, creo que de *Mancilla* podría decirse, si uno quisiera ser malicioso, que es un “kirchnerismo de Sociales”, o un “kirchnerismo de intelectuales”. Y en ese sentido creo que están disputando territorio, en una discusión fraterna, con las líneas más duras o más tradicionales dentro del movimiento, como podría ser, no sé, La Cábora. Después me van a corregir si me equivoco porque, lo aclaro, la política no es mi fuerte.

Después, hay una pregunta que también me hago y que le hago a Juan y a la gente de *Mancilla*, y es ¿cómo piensan a sus lectores? Porque aún para un lector con cierto grado de conocimiento de la coyuntura política, algunas discusiones son muy específicas, desde mi perspectiva, en relación a un debate político, que entiendo que puede seguir las y apreciarlas en su sutileza solo el que realmente esté muy inserto en esas discusiones “desde adentro”. Ahí veo una tensión interesante que es la que se da entre el afuera y el adentro de la Academia. Por un lado me parece que *Mancilla* es una revista que se presenta como saliendo de la academia, como yendo hacia la política. Que sale de lo académico y también, en cierta medida, sale de cierta mirada académica o esteticista sobre lo literario, sobre lo estético, en una búsqueda de ir hacia lo político, pero no en el sentido de la teoría política sino de lo político concreto de nuestra época. Por eso el primer número es sobre “la época”, y después cada número tiene algo que me parece bien interesante. Los números tienen ensayos bastante extensos, en ese sentido creo que retoman algo de *El Ojo Mocho*, que era famosa por esas entrevistas infinitas. *Mancilla* es más moderada, pero son textos largos, es una revista con poca imagen y mucho texto. En ese sentido, es una revista, en el buen sentido de la palabra, densa. Hay que leerla, ¿no? Hay que... tiene letra chiquita. Yo me debo estar poniendo viejo. Me acordaba que una vez me compré una edición de *El espíritu protestante* de Weber, que compré con mucho entusiasmo porque

me salió barata, y era un libro chiquito. Y después, con los años, cuando lo quise releer me preguntaba ¿y ahora cómo leo esta letra tan chiquita? Bueno, *Mancilla* tiene letra pequeña. Pero es el mismo gesto de *El Ojo Mocho* y también de *Contorno*, un gesto fuerte de: “bueno, si te interesa la revista y te interesa el debate, leela”. No es una revista que, me parece, se preocupe por atraer al lector en ese sentido. Y eso creo que está bueno.

La revista tiene varios dossiers por número. El primero de cada número es sobre alguna ciudad. Entonces hay un número sobre Neuquén, otro sobre Rosario, sobre Mar del Plata... en otros casos son sobre zonas muy específicas, como el de la cuenca del Riachuelo. Y no son elecciones casuales. Son lugares problemáticos, donde lo político irrumpe ahí y con cierto gesto de federalismo, que me parece muy lindo en la revista. Invitar a gente de Neuquén, Rosario o Bahía Blanca a escribir. Y también ahora que lo pienso, antes de la mesa una amiga me hizo un comentario muy atinado respecto de que somos muchos hombres en la mesa, pocas mujeres. Y la verdad es que, en eso, *Mancilla* es una revista en la que escriben muchas mujeres. Está bueno eso. *Mancilla* pone en práctica las ideas de federalismo, de distribución, de acceso, que me parece que están muy bien y me entusiasman. Pero al mismo tiempo está esta idea de la intervención con esto de ir a la realidad, de las ciudades, de abrirse y salir de una lectura academicista de los textos literarios. Y a la vez, y acá está la tensión que mencioné antes, es claramente una revista de gente de Sociales. Por ejemplo, en el primer número le hacen una entrevista a Gisella Catanzaro, en la que retoman debates que son producidos al interior de la academia y que son probablemente leídos y solo pueden ser seguidos por un lector que esté muy al tanto de esos temas.

En relación a lo literario la revista también está atravesada por esta tensión. Por un lado le asigna a lo literario un lugar central ya desde su título, y cada número tiene un epílogo donde algún escritor, como María Moreno u Horacio González, es invitado a publicar textos sobre Lucio Mansilla. También está ese juego de *Mancilla* con ce, en lo que entiendo hay una intención de desacralizar la mirada sobre la literatura y sobre la cultura, de mancillarla. Entonces, por un lado la literatura es central en la revista, que le dedica un lugar clave y, al mismo tiempo, queda en esta tensión donde también es subordinada, digamos, en el sentido en que la literatura es interpelada y convocada para pensar la coyuntura política. Es convocada solo en la medida en que la literatura nos permitiría pensar ciertos aspectos de la coyuntura política. La revista va hacia la literatura con esta expectativa. Y es toda una decisión, porque uno podría poner en duda la idea de que un texto literario

actual nos pueda ayudar a entender o a pensar la coyuntura política. Para formularlo irónicamente, por oposición, no creo que si se escribe un artículo sobre la situación en las villas miseria hoy, alguien diga: *este artículo es interesante porque nos ayuda a entender el teatro experimental* ¿no? Esta la idea de que un artículo sobre la política, sobre la sociedad, no hay que explicar por qué existe, no hay que justificarlo, porque se presupone que la política es importante en sí, no para entender otra cosa. Mientras que la literatura o el arte son interpelados o convocados solo porque en última instancia hay algo de lo político que se puede pensar en ellos o a través suyo. Aunque es cierto también que en *Mancilla* hay algunos textos que cuestionan esto, y que justamente por eso me parece que son los más interesantes, como un artículo de Alejandro Rubio en un dossier en el Nº 4 de la revista que es sobre “Los Libros” y entonces, el gesto de Rubio es discutir con la idea de encontrar “el libro” que represente la década, o el libro que nos hable de nuestro presente. Entonces él hace como un juego, en el que no responde a esta idea, a esta consigna de la revista, sino que la cuestiona. En el extremo opuesto, hay otros textos de la revista con los que tengo mis serias diferencias, como por ejemplo una reseña de *Bajo este sol tremendo*, de Carlos Busqued, de Florencia Minici, que hace una lectura muy crítica y muy negativa de *Bajo este sol tremendo*, un libro que a mí me gustó mucho. La crítica de Minici a la novela de Busqued tiene que ver con que, según ciertas lecturas de la política que uno hace, donde un recorrido histórico podría ser primero la dictadura, después la primavera alfonsinista, después su fracaso, después los noventa, después el kirchnerismo, una literatura que refleje este momento actual debería tener cierto, no sé, optimismo, digamos. Y en ese punto yo acuerdo con el optimismo político. Quiero decir, soy más optimista ahora que en los noventa. Ahora, el problema es que *Bajo este sol tremendo* es una novela que dice que la vida es una mierda y que todos son una mierda. A mí me parece que es una novela buenísima. Entonces la pregunta que yo me haría es ¿por qué una novela que dice que somos todos una mierda es buenísima aunque eso desequilibre la idea de que hoy habría que tener un poco más de optimismo? Entonces, me parece que el problema es cuando se va a los textos con un preconcepto como es por ejemplo que un texto de hoy tiene que ser más optimista que uno de los 90, porque hoy estamos mejor que en los 90. Entonces, voy a leer el texto y me encuentro con un tipo que no es optimista. Y entonces lo critico por eso. ¿Y qué hay detrás de eso, como idea de qué es lo que hace la literatura? ¿Qué preconcepto hay detrás con respecto a qué hace la literatura con su época? Son preguntas que me hago, y que dejo abiertas. En definitiva, *Mancilla* es una revista que me interpeló y me movilizó mucho.